

ENTENDIMIENTO, REALIDAD, GRACIA (I)

El realismo cristiano

I. La persona humana, subraya el CEC, creada a imagen y semejanza de Dios, es un ser a la vez corporal y espiritual (362-368). Íntimamente unido al cuerpo, dándole forma, el alma, es principio de vida en el hombre, lo más íntimo; creada directamente por Dios e infundida en el hombre desde su concepción, es inmortal, es decir, sobrevive a nuestra muerte. El alma, es pues, una instancia superior de nuestra persona; superior a nuestro cuerpo, a nuestra psicología.

II. Desde la antigüedad, la Iglesia ha enseñado que el alma tiene tres potencias: memoria, inteligencia y voluntad. Con ellas el ser humano se dirige a Dios y puede entablar con Él una relación de intimidad y amor. Así, el alma, no es algo abstracto, está compuesta por cosas concretas... que necesitan ser educadas y enseñadas. Nos han enseñado a ir en bicicleta, a leer, a jugar a fútbol, a jugar al parchís... pero ¿por qué nadie nos ha enseñado a hacer las cosas realmente importantes? ¿nos han enseñado a amar? ¿nos han enseñado a querer lo que es realmente bueno? ¿a captar la verdad? ¿nos han enseñado a pensar en profundidad?

III. En el anterior encuentro vimos cómo la antropología cristiana, lejos de todo naturalismo ingenuo, reconocía en la naturaleza humana la herida y debilidad producida por los efectos del pecado original, particularmente la voluntad y el entendimiento. Pío XI, en la *Divini illius magistri*, que citábamos en el encuentro anterior, insistía en la importancia que tienen en la educación los actos dirigidos a fortalecer la voluntad e iluminar el entendimiento con la Verdad revelada y los medios de la gracia, sin las cuales es imposible alcanzar la debida perfección educativa.

IV. En concreto, en los encuentros anteriores, nos acercamos, a la luz del Magisterio de la Iglesia, a esa naturaleza del niño, del adolescente y del joven caracterizada por una debilidad de la voluntad y sujeta a una serie de tendencias torcidas del alma. Hoy queremos detenernos, aunque sea brevemente, en la potencia intelectual del alma; en la inteligencia o entendimiento. Cómo ésta penetra en la realidad de las cosas y cómo puede ser iluminada por medio de la Verdad Revelada, penetrando así en el Misterio de Cristo que ha proclamado ser la Verdad (Jn 14,6).

Inteligencia y entendimiento (síntesis)

I. La inteligencia o entendimiento es un don de Dios (CEC 283) uno de los dones del Espíritu Santo y que tiene como objeto la Verdad:

- de las cosas (creación)
- de las personas
- de sí mismo
- de Dios

II. Se trata de un conocimiento profundo, no superficial, que no se detiene en los fenómenos o apariencias, sino que intenta comprender el significado real de las cosas:

El nombre de entendimiento implica un conocimiento íntimo. Entender, en efecto, significa como “leer interiormente” (intus legere). Esto se ve claro considerando la diferencia entre el entendimiento y los sentidos. El conocimiento sensitivo se ocupa de las cualidades sensibles externas, y el intelectual, en cambio, penetra hasta la esencia de las cosas, pues su objeto es “lo que es el ser” (S.Th. II-II,8,1)

¿No resulta realmente increíble la capacidad que Dios nos ha dado por medio de la inteligencia? A la luz de esto ¿nos damos de hasta qué cotas hemos rebajado lo que nuestros alumnos son capaces?

Aprender, comprender, conocer... son conceptos que remiten, casi automáticamente, a una misma realidad: la inteligencia humana. La inteligencia, como potencia del alma tiene como único objeto, según santo Tomás, el conocimiento del ser en cuanto ser, es decir, la verdad del ser en su esencia. Toda la inteligencia, y con ella todo acto de comprender, están dirigidas al único objeto que es la verdad. En este sentido, el niño es muy metafísico, está interesado por el ser de las cosas, y sus preguntas van dirigidas a intentar comprender la realidad de las cosas; poco a poco, con nuestras respuestas, iremos rebajándolo a otros niveles menos profundos, más utilitaristas.

III. El conocimiento —y con él la inteligencia— desempeña un papel fundamental en la vida de la persona: le remite a la verdad del ser. Esta capacidad única, que nos abre a la existencia de todas las otras cosas, constituye uno de los fundamentos de nuestro existir. Todas nuestras acciones y nuestro obrar, nuestros actos de querer, nuestro amor y nuestro odio, nuestra alegría y nuestra tristeza, presuponen un conocimiento previo de la realidad (Cf. *S.Th. II-II,8,4*). Así, muchas veces, tenemos experiencias negativas porque no conocemos “por dentro” las cosas en su realidad, tenemos un conocimiento previo que, ya sea porque es superficial o porque está distorsionado por el pecado, no nos revela la verdad de las cosas y de las personas.

IV. El conocimiento tiene una dimensión personal; mejor dicho: es personal. Un conocimiento impersonal no es conocimiento; sería una caricatura del verdadero conocimiento. Aprender y comprender, son ante todo, actos personales. No existe un conocimiento anónimo: “se conoce” porque siempre hay “alguien” que conoce. Así, el conocimiento no es algo tan abstracto como algunos pretenden o creen, es, más bien, la acción o acto de una persona, el evento del conocimiento no se produce fuera de nosotros, como algo extrínseco a la persona, sino que se desarrolla, precisamente, en la persona. Así el conocimiento implica a la persona y sólo puedo hacer, de algún modo, lo que conozco. “*Yo puedo matarte porque no crees como yo creo que el amor es lo más importante*”. Pero lo que de este acto se desprende es que no es el amor lo que guía mi vida sino una ideología que es capaz de anular al otro.

V. Podemos definir la inteligencia como la capacidad de conocer y aprehender la realidad. Pero no se trata —ni única ni básicamente— de un mero archivo de datos o captación de conceptos. Esto supondría una visión pobre y reduccionista del entendimiento humano. **Conocer dice siempre relación con la realidad; el conocimiento es una relación.** Educar el entendimiento significa educar la relación. Pero en toda relación siempre hay dos términos, el que conoce y lo que es conocido. El que conoce, por la inteligencia, se abre al mundo y se pone en una situación de relación con la realidad que le circunda.

VI. En síntesis la inteligencia es capacidad de relación con la realidad que se nos presenta. Es la capacidad de la persona de estar abierta a la realidad. Y es gracias a esta apertura por lo que resulta posible el conocimiento, la comprensión, la ordenación y el análisis de la realidad. **Así la inteligencia se concibe como la capacidad de la persona por la que está abierta a la realidad y a su comprensión:** *«Pertenece al verdadero sentido de aprehender cognoscitivamente el que un objeto, tal y como es realmente, sea captado por la persona, llegue a ser entendido y conocido, se revele y se despliegue ante nuestros ojos»* (Von Hildebrand). Una de las consecuencias del pecado original será la cerrazón, la incapacidad de abrirse a la realidad, sobre todo en el conocimiento de Dios y del otro, no quiero abrirme a nada que pueda quitarme la vida. Será necesario, pues, una auténtica educación que permita la apertura del ser del niño a toda la realidad, sin exclusiones afectivas (gusto, heridas, aficiones...).

VII. Por la inteligencia, a lo que la persona está abierta, ante todo, es a sí misma: está presente ante sí misma en cuanto realidad. Por eso puede obrar sobre sí, por esto es una tarea para sí misma. Pero las estructuras somáticas de la persona, meramente animales, no le sirven para dar respuesta adecuada a muchas de las situaciones en las que se ve incurso. Su inteligencia, que consiste en la apertura a lo real y a sí mismo en cuanto real, es lo que, a su vez, le abre a un infinito elenco de respuestas a cada circunstancia. ¿Qué importancia tiene esta apertura a sí mismo? Eres consciente de ser. No estar presente a uno mismo tiene consecuencias nefastas: cuando te olvidas de ti mismo dejas de ser actor de tu historia, de tu vida, no puedes actuar responsablemente, porque son las tendencias torcidas, los impulsos, la costumbre, el gusto los que deciden por ti. “Adán ¿dónde estás?”. Alienado de esta pregunta puedes hacer cualquier barbaridad: movido a impulso de otras instancias ajenas a ti.

VIII. ¿Cómo funciona la inteligencia? Decíamos anteriormente que conocer no es solamente tener datos archivados; la capacidad cognoscitiva de la inteligencia implica capacidad de relación de dichos datos. Escrutar es un buen término para explicar la acción de la inteligencia. Escrutar es buscar, rebuscar, saber pasar por el tamiz diferenciando las citaciones. Así la inteligencia al ponerse a pensar, ve y entiende las conclusiones de sus razonamientos, descubre las implicaciones de sus acciones, prevé desenlaces de situaciones, descubre las causas, busca un fin en sus acciones, premisas, ventajas, inconvenientes, alternativas... todo es analizado y así se percata y descubre la realidad.

Así la inteligencia surge como la encargada de afirmar la ausencia o la existencia de verdad, gracias a las realidades percibidas, entre las ideas que elabora por medio de los conceptos. La meta de la inteligencia es el conocimiento de la verdad a través de la realidad. La inteligencia al percibir y relacionarse con precisión con la realidad conoce la verdad que hay escondida en ella, viéndose a uno mismo haciendo este ejercicio, estando presente a uno mismo. Pues tu vida va a quedar afectada e implicada por lo que vas a descubrir en esa realidad: no me voy a relacionar igual con una persona en la que descubra su riqueza, su belleza, pues detrás de este descubrimiento va la entrega de la propia vida.

IX. A partir de lo que hemos dicho, podemos enumerar, aunque muy sucintamente, algunos errores que se pueden dar en la experiencia educativa, tanto familiar como escolar y que desvirtúan la verdadera riqueza de esta realidad humana y pueden etiquetar o “estigmatizar” a los alumnos:

- a. En primer lugar, el error que lleva a identificar la inteligencia con la memoria o con la capacidad mecánica-operativa o la meramente abstractiva. Ocurre, fundamentalmente, en ámbitos educativos, cuando se califica a un alumno como muy inteligente porque memorizó mucho y muy bien, o porque fue capaz de realizar operaciones matemáticas o lógicas con gran precisión.
- b. Un segundo error consiste en afirmar que la inteligencia es una potencia única. Y así se emplea cuando alguien dice de otro que es muy inteligente o que tiene un alto coeficiente de inteligencia. La inteligencia supone más bien un conjunto de capacidades que modulan las diversas maneras de estar frente a la realidad en sus diversas dimensiones.
- c. La creencia de que la mera exposición de verdades, de datos, implica que haya captado la realidad.
- d. La creencia de que la simple exploración de los fenómenos explica todo la realidad. La realidad es algo mucho más profundo. Mucho más serio.
- e. Con respecto a la verdad habría que aclarar aún un último asunto. La verdad no puede ser cosificada, encapsulada en mono-dosis que se le hacen tragar a los alumnos. Esto es lo que hacen los libros. La realidad, que es siempre mucho más grande de lo que podemos captar, es “cosificada”, es reducida y presentada con gran pobreza. El libro, que no es en sí mismo ni bueno ni malo, cuando es sustituto de la relación con la realidad, además de impedir esta relación, te hace creer que la relación que estás estableciendo en la realidad.

De cómo la Verdad revelada ilumina el entendimiento humano o de cómo por la gracia el hombre puede conocer cosas superiores a sus fuerzas

“La inteligencia no se ciñe solamente a los fenómenos. Tiene capacidad para alcanzar la realidad inteligible con verdadera certeza, aunque a consecuencia del pecado esté parcialmente oscurecida y debilitada”. (GS 15)

Y como el conocimiento del hombre comienza exteriormente por los sentidos, es manifiesto que cuanto más viva sea la luz del entendimiento, tanto más íntimamente podrá penetrar. Mas la luz natural de nuestro entendimiento es finita y sólo puede penetrar hasta cierto límite. En consecuencia, el hombre necesita de la luz sobrenatural para penetrar ulteriormente en el conocimiento de aquello que no puede conocer por su luz natural. A esta luz sobrenatural concedida al hombre se llama don de entendimiento. (S.Th. II-II,8,1)

¿Qué aporta la Verdad revelada a nuestro conocimiento? ¿es un simple pegote, un añadido?

I. El pecado ha limitado la capacidad de nuestro intelecto de acceder a la verdad de las cosas. Nos cuesta ver la verdad de las cosas. Nos cuesta ver cómo detrás de una enfermedad, de un sufrimiento, puede haber un bien para nosotros. Nos resistimos a entrar en la experiencia de que el sufrimiento que comporta el estudio puede suponer un bien para nuestra vida.

II. Pero en el principio no fue así. El hombre (CEC 398), constituido en un estado de santidad, estaba destinado a ser plenamente divinizado por Dios en la gloria. El hombre había sido creado en armonía (CEC 400), su entendimiento, memoria y voluntad estaban dirigidas, en el amor, a Dios. Existía un dominio de estas tres facultades espirituales sobre el cuerpo y la psicología. ¿Cuántas veces queremos o entendemos algo y nuestro cuerpo nos pide otra cosa?. Dios nos había creado de manera que lo que Dios quiere lo entiéramos, lo que entiéramos lo deseáramos y lo que deseáramos lo pudiésemos realizar. Retornar a esta armonía original es un camino apasionante, no exento de sufrimientos, y que cuanto antes emprendamos mejor para nosotros y para el mundo.

III. Cristo es el verdadero fundamento de la realidad. El Papa Benedicto XVI nos decía, en la exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini* (10) cómo quien conoce la Palabra divina conoce también plenamente el sentido de cada criatura. En efecto, si todas las cosas se mantienen en aquel que es anterior a todo (Col 1,17), quien construye la propia vida sobre su Palabra, sobre la Verdad revelada, edifica verdaderamente de manera sólida y duradera. La Revelación, la Palabra de Dios, nos impulsa a cambiar nuestro concepto de realismo: realista es quien reconoce en el Verbo de Dios el fundamento de todo.

IV. Así, ser realista es tener presente lo que la fe te aporta al conocimiento. No como un añadido artificial. Como un pegote. Como una segunda naturaleza. El cristianismo no es un disfraz. Cristo cambia radicalmente las cosas. Sin este dato de lo real, que nos aporta la Verdad Revelada, nos perdemos algo muy importante de la realidad, que lo cambia todo, no en el sentido de que las cosas son distintas, sino que en que la realidad queda transfigurada, ensanchada a límites insospechados. Así, el que tenemos al lado, ya no es nuestro enemigo, el infierno, sino nuestro hermano. La realidad no ha cambiado, no tiene ocho ojos, es igual de pesado, pero es tu hermano. Esta luz sobrenatural, de la que hablábamos, te hace percibir la realidad tal cual es, en toda su profundidad (cf. CEC 299). **No hay nadie más realista que el que ve cómo la Palabra, la Revelación, sostiene todas las cosas.**

Transición: principio de la Sabiduría es el Temor del Señor

I. La gracia, la relación con Dios, es principio de un conocimiento nuevo, más profundo, de una nueva Sabiduría. Así, por medio de la gracia, las heridas del pecado son curadas y nuestra naturaleza es elevada hasta límites insospechables. El que está en Cristo es una nueva creación (2 Co 5, 17-18) que nos permite una relación verdadera con la realidad.

II. Es necesaria entonces, como ha afirmado Benedicto XVI, una “Pastoral de la inteligencia” que permita a los niños y a los jóvenes ensanchar los horizontes de su

inteligencia superando los condicionamientos de la propia historia, de la propia psicología, de los límites personales y de una racionalidad que sólo se fía de lo que puede ser objeto de experimento y de cálculo (Cf. Benedicto XVI, *Jesús es el Señor. Educar en la fe, en el seguimiento y en el testimonio*. Roma, 11 de Junio de 2007).

III. ¿Cómo empezar esta “pastoral de la inteligencia”? ¿dónde está su comienzo? ¿cuál será la primera unidad didáctica que habrá que trabajar? ¿qué competencia habrá que desarrollar en primer lugar? La Escritura, en un versículo que la Liturgia aplica a san José de Calasanz nos responde: “principio de la Sabiduría es el Temor del Señor” (Prov 9,10)

IV. El Temor del Señor, tiene que ser aprendido, puesto que se enseña. No se le encuentra en el miedo, sino en el razonamiento doctrinal; no brota de un estremecimiento natural, sino que es el resultado de la observancia de los mandamientos, de las obras de una vida inocente y del conocimiento de la verdad (Cf. San Hilario de Poitiers, *Comentario al Salmo 127*).

En síntesis

I. El alma, instancia superior de nuestra persona, tiene tres potencias: memoria, entendimiento y voluntad.

II. El entendimiento tiene como objeto la verdad de las cosas, de uno mismo, de las personas y de Dios.

III. El entendimiento nos abre a la existencia y es fundamento de nuestro obrar.

IV. El entendimiento es personal.

V. Conocimiento dice relación con la realidad: es una relación.

VI. Escrutar es un buen término para explicar la acción de la inteligencia

VII. El pecado ha limitado la capacidad de nuestro intelecto de acceder a la verdad de las cosas.

VIII. En el principio no fue así.

IX. Cristo es el verdadero fundamento de la realidad. Ser realista es tener presente lo que la fe aporta al conocimiento.

X. El principio de la sabiduría es el temor del Señor.

P. Juan Retamar Server, cvmd